

A LA ORDEN

Tomás Granados Salinas *

Le suplicamos reciba la servilleta sobre sus piernas y, con cuidado, preste atención al menú. Sabemos lo difícil que resulta elegir el aperitivo, pero desde este momento nos tomaremos una libertad, esperando perdone este exceso de confianza: le recomendamos una fuerte infusión hecha con el cabello más suave de su mujer. El efecto de esta bebida es completo: al tiempo que le fomenta el apetito, usted se adentrará en el impensado terreno que hemos preparado. No negará que el licor le hace recordar instantes de una intimidad tal que sería poco delicado mencionar, y no rebatirá tampoco que entonces y ahora lo invade una ligera embriaguez imposible de explicar. Es un gusto enorme saber que desde el contacto inicial sus papilas aprecian el esfuerzo de nuestros cocineros y la perfección de nuestros catadores.

Pero despreocúpese; de inmediato pasaremos a lo que a usted realmente interesa. Tan pronto florezca en un cuerpo la planta del deseo gastronómico, cosecharemos sus frutos. Como entrada, habremos de ofrecer dos productos muy refinados: un delicioso paté preparado con el hígado de su amada, y la primera hogaza de pan que consumirá durante la cena. Considere que habrá de reconocerse en cada bocado, pues ahí se han almacenado mil y una frustraciones, la mayor parte de las cuales, sin duda, usted generó. Sienta, asimismo, el universo de tropiezos que Ella ha recorrido, cada una de sus alegrías truncas, los gritos que debió ahogar. No obstante, este sabor es algo más que el reflejo de una faceta oscura de su amada. Entré-

* Facultad de Ciencias, UNAM.

guese del todo a ese comité de bienvenida: el festín apenas ha comenzado.

Para eliminar cualquier resabio de duda, le presentaremos a continuación una sopa única, con tanta fuerza de convencimiento como los labios, su ingrediente principal. Usted lo sabe hasta el cansancio, pero casi siempre esta zona del rostro protagoniza las oberturas de un encuentro. Aquí, para que rememore otros instantes —cuando Ella prodigaba sus caricias sobre todo su cuerpo—, entregaremos la sopa guisada con una amplia gama de especies: desde los confines de la albahaca hasta las posesiones del comino, abarcando los territorios donde son amo y señor el cilantro y el perejil. Las proporciones han sido finamente graduadas, en combinación con el tenue sabor que al par de labios hemos exprimido, para obtener un matiz que vestirá de fiesta su paladar y sus glándulas salivales. Añada pimienta al gusto: así resucitarán el color y el ardor propios de los parajes bucales. Lento, como en un beso sin prisa, haga fluir el líquido sobre sus dientes.

Luego, para que los sabores se hermanen, le invitaremos a probar esas aceitunas que alegran la mesa, las que están entre las velas, junto al solitario florero, pues han sido rellenas con extractos de mente femenina, surgidos obviamente de la materia gris de su esposa. Este fino elemento está salado y coloreado para simular la consistencia de las anchoas, si bien incluso usted reconocía la estrechez mental de su mujer. Si encuentra algún vestigio de las ideas que Ella concibió, no se alarme, es seguro que, pese a su rareza, no causan indigestión.

Cuando se sienta dispuesto a paladar el siguiente platillo, bastará con una breve señal, quizá un chasquido de sus dedos, para que algunos solda-

dos de nuestro ejército de meseros atraviesen el enorme salón, marchando con precisión castrense, transportando en alto viandas inusitadas. Llegarán ante usted, marciales, listos a satisfacer sus apetencias. Uno le mostrará la ensalada: sobre luengas hojas de lechuga, reunidos en una mixtura ideal, verá el aderezo que un experto ha creado, combinando aceites, quesos, el imprescindible vinagre y muchas rodajas de tejido pulmonar. Para este tipo de plato, el estado en que se encontraban los pulmones de su mujer es ideal: si bien no podemos caracterizarla como fumadora empedernida o víctima de la tuberculosis, sus alveólos estaban repletos de vergüenzas que ni usted entendería y de taquicardias listas para ser usadas. Por otro lado, le diré, sin menoscabo de la imagen que guarda de su amada, que uno de los cocineros confesó haber batallado contra esa maraña de respiros sin orden para obtener los delgados cortes que está por comer.

Otro mesero le enseñará una variante para la ensalada, una alternativa para continuar con el repertorio alimenticio. Se trata de un plato que lo mismo puede probar ahora que conservar para el tiempo de los postres. Así como los calamares y los pulpos son joyas cuando se sirven en su tinta, le ofrecemos la brillante curvatura de los senos, aderezados con un producto lácteo. Si su apetito se inclina por las preferencias árabes, puede bañar los trociscos de carne con yogurt y acompañarlos con hebras de berenjena. Si lo prefiere, un caldo a base de leche de alta calidad, salpimentado en una marmita de cobre, hará que esas piezas se incorporen a los recuerdos que más estima. O, si las evocaciones dictan la orden de guardar este plato

para más tarde —como usted acostumbraba cuando yacían juntos—, podrá exigir sean rociados con una mezcla de leche azucarada y almen dras frescas. Sea cual sea su decisión, nunca se arrepentirá. O eso afirma el jefe de la cocina, que naturalmente no ha probado la textura de los senos más de lo indispensable.

Ahora bien, disculpe la tardanza; los platillos fuertes, los que ocupan el foco de la atención, están próximos a hacer su entrada. Para que pueda realizar las funciones de gourmet, desfilarán frente a usted las obras maestras de un selecto grupo de cocineros, hasta que tenga la certeza de vislumbrar las mejores o, al menos, aquellas que, cumpliendo su labor de carnada, lo atrapen con sus anzuelos. Ojo avizor: del mismo modo en que usted se entregaba a las oquedades femeninas, los guisos podrían soliviantarle y orillararlo a elegir todos a la vez; sea precavido, los placeres de la carne son indigestos.

Sin atender jerarquías, el que inaugura la presentación es un peligroso alimento. Se trata de la lengua de su amada, rebozante de alcaparras y cebolla. Mastique concienzudamente, pues es cierto lo que dictan las consejas populares: como en la cola de un alacrán o en los dientes de una serpiente coralillo, en la lengua de una mujer se concentran sustancias letales. Si hasta el día de hoy había tenido la prodigiosa suerte de no conocer el veneno que ahí se destila, sepa que sólo su saliva y su tesón de guerrero ferviente, pueden inmunizar su alma. Vaya con tiento, que la lengua en la mujer es un órgano diminuto pero capaz de conmovier cualquier estructura.

Sin embargo, aún no llegamos a lo que considero la especialidad de la casa. Tres preparados que, lo digo sin

pretensión alguna, son portentos de la gastronomía. El que describiré en primer término, es el más fino entre los guisos que incluyen aves, en cuanto a innovación y delicadeza se refiere. Las manos han sido colocadas de modo que semejen una codorniz: un dedo sería la cabeza, dos más funcionarían como alas y los otros, plegándolos sobre la palma, formarían el cuerpecillo. No contento con ello, el creador de este manjar ha ideado una coraza de hojaldre, a manera de mortaja para el animal caído, con lo que se obtiene una combinación inefable. Compruébelo de inmediato y remítase a su memoria para evocar el vuelo que esas manos realizaban sobre su cuerpo.

El segundo es una concesión a los anhelos de todo amante, pues quién no ha ansiado sembrar árboles frutales en las llanuras que van de los hombros a la cadera. Para ello, aspire las fragancias de manzana, naranja y piñón que sazonan la espalda de su amada. No dude, pinche la carne con sus cubiertos de plata y vierta una porción del jugo en un plato. El resto es dominio sólo de su sentido del buen gusto.

Y el tercero que, por consenso, se consagra como el mejor, son las piernas. Deben separarse en trozos, pues el sabor de las articulaciones difiere notablemente del que poseen los músculos bien torneados. Por un lado, está la pantorrilla, de naturaleza firme pues ahí nacen los millares de pasos que da una persona y eso le confiere un papel de trotamundos, por lo que sólo condimentado con una hierba exótica recuperan su carácter. Ahora lo ofrecemos con jengibre y teñido con azafrán.

¿Y qué puede decirse de los muslos? Con ellos cualquier cosa se vuelve casi divina. Hay quien los prefiere li-



geramente fritos, o quien enloquece cuando sólo están sancochados, o quien satura sus poros con hinojo y orégano. Aquí tiene muchas opciones y será difícil imaginar cuál supera a las otras, pero considere los que están en aquella fuente de porcelana, sumergidos en una pasta de nuez de castilla y adornados con semillas de granada como infinitas estrellas rojas en un firmamento blanco. Tan pronto exprima su jugo y extraiga sus libaciones, aceptará la perfección artística de esa pieza.

Es probable que añore, ya que no están incluidos en el menú, dos secciones corporales de su mujer: el cavernoso corazón y la zona púbica. Discúlpenos pero ambas se encuentran dentro de las supersticiones de cocina, ambas son prohibidas por los cánones que imperan en el reino del sartén y las altas temperaturas. La primera porque es una amenaza. En las bóvedas cardiacas pululan esencias capaces de convertir en roca a quien las descubre. Además, nadie asimila los nutrientes de la fibra del miocardio, pues son una fortaleza contra la razón humana y sus intrincados pasajes, aunque a veces ni ellas lo consiguen, sólo otra mujer puede entenderlos. Absténgase incluso de pensar en él, pues si concibe un filete de ventrículo o una pieza empanizada de vena aorta, lo más probable es que el alma femenina, si realmente existe, corrompa sus immaculados sabores. Por todo ello, en el argot propio de cocineros no existe símbolo que se identifique con el corazón.

En relación con el pubis, no encontrará en el mundo un chef que se atreva a cocinarlo, pues un velo de desgracias, como si de un duende destructivo se tratara, cubriría sus territorios de

regencia. Afirman los refranes que sus secretos no son compatibles con los de la cocina. Pese a esto, entréguese a las agudezas de su imaginación y su memoria. Mientras usted reconstruye los milímetros cuadrados, nosotros llenaremos otra copa con vino espumoso, el cual se ha mantenido durante la cena al margen de los procesos de cocción y capeado, por lo que puede contribuir a sus devaneos eróticos.

No intente revertir el dictado que las tradiciones alimenticias imponen. Carecerá de ese par de preparados pero, a cambio, disfrutará uno de los instantes cumbre en la jornada diaria de la comida: la presencia de los postres. ¿Qué tanto soportamos el a veces penoso trance que concluye en los dulces por el simple deseo de llegar a éstos? Ni usted ni los meseros conocen la respuesta, pero ello no es obstáculo para rematar con sello de oro este documento culinario.

Nuestra oferta quizá despierte en usted los celos que nunca pudo extirpar de su entraña, porque en los ojos quedan grabados, como si una navaja dibujara en madera, las visiones que su amada robó al mundo. Quizá, entre un bocado y el siguiente, el rostro de un hombre desconocido, feliz, con la sonrisa en flor, se aparezca frente a usted y quizá deba bautizar a su mujer con terminos vulgares o de poca estima. Es posible todo ello, pero el placer que generan los globos oculares, con su consistencia particular, rebasa con creces esos sentimientos de mezquindad e impotencia. Los hemos reservado para el postre pues son un elemento almibarado por excelencia. Nadie recuerda si el que dijo que tienen los ojos un raro encanto, los ojos tristes como de niño, era cliente asiduo de este lugar, pero la verdad encerrada en

ese verso es gigante. Por otro lado, si las pupilas conquistan sus gustos, con-sérvese íntegro cuando oiga por la calle la voz del pregonero vendiendo unos ojos negros, aunque éstos sean traicioneros, pues la calidad de los productos adquiridos por esa vía no es siempre la más alta.

Si para este momento sus nostalgias comienzan a agobiarle, esos sentimientos se hermanarán con cada latido cardíaco y, continuando al galope, no soltarán la brida ni el arreo: la melancolía que invade a los satisfechos es más intensa que cualquier otra.

Beba su café. Los meseros se retira-

rán de inmediato para que el salón, con todas sus mesas vacías y su multitud de velas, le pertenezca por completo a usted. En el momento en que toda la cera sea líquida y del otro lado de los muros el amanecer deslice sus primeras luces, tenga la certidumbre de que los animales callejeros han terminado de roer los huesos que algún desconsiderado aprendiz de cocinero abandonó en el traspatio del establecimiento. Si para entonces se arrepiente de la elección de menú, busque consuelo en un aforismo que asegura la existencia de mujeres tan hermosas, que sólo sirven para ser comidas.

